



# La biblioteca escondida

**Mauro Alvaro Ramón**



FONDO DE LA CULTURA DE MENDOZA  
INSTITUTO PROVINCIAL DE LA CULTURA  
GOBIERNO DE MENDOZA

©Mauro Ramón, 1998.  
*Todos los derechos reservados.  
La reproducción total o parcial  
de esta obra queda sujeta  
a la autorización previa del autor.*

# Sin novedad en el frente

No quedaban más líneas por llenar en esas cartas. Las últimas partidas de voluntarios se habían ido por la ruta principal rumbo a la batalla.

Miró con desgano la pila de sobres rotos sobre la mesa; ninguno le ofrecía secretos que ya no supiera: una novia a la que quizá nunca volvería a ver, el beso de la madre o la promesa de un hermano para cuidarla si no regresaba.

Se apoyó en la ventana y tomó otra taza de café. Allá lejos desaparecía la última columna por el recodo del camino. Iban lentamente, con sus flamantes uniformes de la Facción, evitando los autos volcados y las fosas atestadas con los cadáveres del último ataque. Viendo los muertos, arrugó el ceño. Ese era su próximo trabajo con el lanzallamas.

No le desagradaba el trabajo, ni tampoco el hedor de la carne quemada. Lo que no podía soportar eran las cenizas que se dispersaban con el viento, cubriendo todo el campamento de un hollín pestilente.

Todavía se escuchaban los pasos de la columna. Los imaginaba marchando, la cabeza hacia atrás y los ojos fijos adelante, marcando el paso en el silencio de la tarde. Hacía calor, pero ni uno de ellos sudaba, porque aquello podría ser tomado como señal de miedo. Sonrió detrás de la taza, pensando en toda la miseria guardada en las cartas sobre la mesa. Miró el reloj y apuró en un sorbo el resto del café. Ya llegaría otra avanzada al campamento.

Volcó los sobres en un balde y salió con él a la Barraca Norte. El calor hacía vibrar el aire cerca del suelo, arriba estaba despejado.

“Menos mal”, pensó. Quizá no soplaría viento por la tarde.

Armó el Napalm 5 sobre su espalda con seis cargadores. El café le había hecho sudar un poco, pero no era problema, si no había viento no volarían cenizas.

Vació el balde sobre el primer grupo de muertos y les apuntó con la boquilla. Disparó. La lengua de fuego volatilizó los papeles en el instante. Una nube de ceniza negra revoloteó sobre las llamas y el humo.

Mira el fuego bailando en sus ojos, y piensa que no está mal. Es decir, no está mal que en esa fosa también se quemen las cartas. El sabe bien que todos

estos civiles llegan casi tan seguido como las avanzadas,  
apilados,  
muertos,  
numerosos. Son puestos aquí para amedrentar los batallones, para darles la furia y valentía que ningún enemigo podría vencer. Y sobre todo sabe que no hay enemigo, que nadie ganará esta guerra.

Porque todos mueren unos kilómetros más allá. La ley Laze es la que los mata a todos, civiles y militares; lo que lo mató a él mismo como persona y que lo mantenía vivo, trabajando para sus fines. La ley que determinó a espaldas del mundo que hay demasiadas bocas que alimentar, que hay muy poco espacio para compartir. Invocando una cruzada, una guerra por nuestros hijos: así mueren los idiotas que estaba incinerando.

Comenzó a quemar la segunda pila - ya casi llegaba el segundo contingente -, cuando volvieron de nuevo el olor y la humareda. El calor le pegaba la camisa al cuerpo. Lo encontrarían así, cremando los restos en ese calor infernal, y les daría asco y revulsión, pero sobre todo coraje, una rabia inmensa por ir a cobrar venganza sobre tanta muerte y ceniza.

Estaba vivo porque no le repugna la matanza, porque coincide con los himnos de Malthus que cantan los que imaginaron la ley Laze. Todo esto es terrible, sí, pero no hay otro camino.

Ya es hora. Ahí viene la camioneta con más soldaditos. Dejará a un lado el lanzallamas y los saludará como siempre, con el brazo en alto. Dos o tres de ellos se dejarán caer del camión y vendrán hacia él, agitando algo en las manos, seguramente más cartas.

-¡¡Eh!! ¿Usted se encarga del correo?

Por toda respuesta, levanta el balde con una gran C en el costado.

Mientras la llenan con cartas, un paño de plástico se mueve en una carpa. Las defensas de plástico se agitan en sus pértigas, y le llega un silbido que conoce muy bien.

-Maldita sea. Ahí comienza de nuevo.